

MI AMIGA

Agradezco a Elisabeth, mi amiga de toda la vida, su colaboración para recordar los hechos que aquí se narran y su permiso para poder hacerlo público.

Los hechos que voy a contar transcurren en un pequeño pueblo, de estos que parecen olvidados y perdidos de la mano de Dios pero que albergan las mejores historias. Dejaré volar mi pluma, ella os contará lo que allí yo vi.

Era el año 78, yo, Helena, tenía la edad de 12 años y lo que me pasó aún no me lo puedo quitar de la mente por mucho que lo haya intentado.

Era una tarde preciosa de verano, al ser un pueblo cercano a la sierra se estaba genial en la calle, los niños jugábamos con la pelota, los mayores paseaban y en general todo el mundo aprovechaba para salir a la calle a disfrutar de la magnífica climatología. Yo estaba con mi mejor amiga, acabábamos de llegar a su casa, ella se llamaba Elisabeth, era bastante más baja que yo, de pelo rubio y ojos verdes, cuando alguien podía verlos, porque estaban siempre detrás de unas grandes gafas de “culo de botella”, siempre vestía los vestidos que le compraba su madre, con unos estampados muy llamativos, a mi me hacían mucha gracia, en general era una niña risueña y un tanto rara, pero era mi mejor amiga y la quería como a ninguna otra. Estando en su cuarto empezamos hablar de lo que todo el mundo decía por el pueblo:

- ¿Te has enterado de lo que dice la gente de la desaparición de María, la hija de tu vecina? – le pregunté.

- Sí, pobrecita, me da pena, su hija era todo lo que le quedaba después de lo de su marido. Creo que lleva años sin salir de su casa. – respondió Elisabeth.

La conversación se quedó ahí, porque la madre de Elisabeth tenía la cena lista y probablemente la mía también, así que me despedí de ella y sus padres y salí corriendo a mi casa, que se encontraba a escasos cien metros de la suya, más arriba en la calle.

Después de una copiosa cena con mis padres les di un beso de buenas noches y subí a mi cuarto a dormir deseando de que fuera ya la mañana del domingo para ir a ver a Elisabeth.

Cuando me desperté me llevé una desagradable sorpresa, estaba lloviendo, pero lloviendo de verdad, no como dicen la gente de ciudad cuando llueve en sus urbes, pero esa no sería la única sorpresa desagradable del día, estábamos preparando el desayuno, ya estaba resignada, sabía que mi madre no me iba a dejar salir a ver a mi amiga con la que estaba cayendo. Entonces alguien llamó a la puerta, en la cocina nos miramos extrañados, quién saldría a la calle con el mal tiempo que hacía. Mi madre fue a abrir la puerta:

- Pasa mujer, no te quedes fuera, ¿has salido sin paraguas y con el tiempo que hace? – escuché decir a mi madre.

No pude aguantar la curiosidad y fui a ver quién era, entré al salón y vi a Virginia, la madre de Elisabeth. Estaba empapada, parecía vestida con lo primero que encontró por su casa. Se la notaba muy alterada, cuando entré en el salón clavó su mirada en mi, al principio me quedé paralizada, su mirada me asustó, después esbozó una sonrisa y me habló:

- Hola guapa, ¿cómo estás?

- Bien – le respondí tímidamente.

Como la vi en ese estado le pregunté por Elisabeth:

- ¿Por qué no ha venido Elisabeth también? Me gustaría jugar con ella.

Mi madre se volvió y me miró con la cara descompuesta, Virginia se echó a llorar desconsoladamente, ante esa situación le pregunté a mi madre preocupada:

- ¿Qué ha pasado mamá? – podía intuirme la respuesta y sabía que no iba a ser buena en ningún caso.

- Virginia dice que Elisabeth no estaba en casa cuando se ha levantado esta mañana, no había ni rastro de ella ni de que nadie hubiera entrado en la casa y se la hubiera llevado – se volvió e intentó seguir consolando a Virginia que lloraba sin cesar.

Mi padre entró en el salón también y cuando él entraba yo salía corriendo a mi cuarto. No podía creerme lo que estaba pasando, ¿dónde estaría?, ¿qué le habría pasado?, ¿seguiría con vida? Me eché a llorar y me quedé dormida, en algún punto de la tarde noté que alguien subía y me arropaba en la cama, después me daba un beso en la frente, era mi padre, imposible no reconocer el roce de su bigote.

Cuando desperté ya no llovía y seguía siendo de día, me asomé a la ventana de mi cuarto, desde ahí podía ver la casa de Elisabeth, había coches de policía en la entrada, toda la gente del pueblo se aglomeraban en los alrededores de la casa para ver qué pasaba, fue algo que dejó en shock a todo el pueblo, se hicieron partidas de búsqueda por todo el pueblo y los alrededores, incluyendo el bosque, todos los vecinos ayudaron como pudieron, pero después de una semana y media las búsquedas cesaron. Recuerdo los gritos de dolor y desconsuelo de la madre de Elisabeth cuando la policía le dio la noticia de que ya habían peinado toda la zona sin éxito y que se retiraban, “archivarían el caso”, eso le dijeron, y se marcharon sin más, dejando a la pobre Virginia en el porche de su casa sin saber qué decir o hacer, estaba en shock.

Los coches se alejaron por la calle abajo hasta que se perdieron de vista, entonces yo bajé corriendo las escaleras y hablé con mis padres, quería ir a casa de Elisabeth, ellos me comprendieron y salimos los tres de casa a la casa de mi amiga. Saludamos a Virginia y la abrazamos para después acompañarla dentro al salón. Mis padres hablaban con ella e intentaban animarla como bien podían. Yo quería subir al cuarto de Elisabeth, sabía que de alguna manera averiguaría algo de lo que le había pasado, al fin y al cabo eramos las mejores amigas del mundo y entre nosotras siempre había habido una conexión especial:

- ¿Podría subir al cuarto de Elisabeth? – le pregunté a Virginia.

- Claro que sí cielo – me dijo mientras se secaba la nariz de los sollozos.

Subí lentamente las escaleras, escudriñando cada rincón, mirando en cada escalón, cualquier cosa que pudiera tener alguna pista, a lo mejor a la policía se le había pasado algo por alto.

Tras revisar toda la subida de las escaleras y no encontrar nada llegué a la puerta del dormitorio de Elisabeth. Respiré hondo, había estado muchas veces en ese sitio, pero ahora era diferente, Elisabeth no estaba. Solté el aire que había contenido, abrí la puerta y entré. Estaba todo muy ordenado, Elisabeth era amante del orden, para mi eso era raro, mi dormitorio siempre estaba patas arriba, la admiraba por mantener tanto orden en sus cosas. Entonces vi algo que no era normal en su orden de siempre, la puerta del armario estaba entreabierta y salían un par de mangas de vestido que estaban caídos, así que me acerqué a ver si podía encontrar algo. Abrí la puerta del armario y efectivamente había vestidos caídos, pero allí estaban todos, no faltaba ni uno, no había signos de que hubiera podido huir o fugarse de su casa. Seguí buscando y aparté las perchas, había un póster en el fondo del armario, nunca lo había visto ni me sonaba que ella me lo hubiera mencionado. Era una vista de una ciudad a pie de calle en un día lluvioso y con las calles concurridas.

Cogí el póster y lo puse encima de la cama, empecé a repasarlo de arriba abajo a ver si encontraba alguna pista en alguna parte, y cual fue mi sorpresa cuando acercándome mucho a él y repasando a las personas de la imagen una a una reconocí a alguien inconfundible para mi, Elisabeth estaba en ese póster. Me quedé mirándola fijamente, su figura bajo la lluvia y entonces el póster cobró vida, la gente empezó a moverse, el tráfico circulaba por la calle, parecían indiferentes a mi, una mera observadora, en ese momento noté una mano en mi brazo, me giré, supuse que era mi madre o la madre de Elisabeth y le iba a contar lo que había visto, pero para mi sorpresa la mano no venía de atrás, sino del frente, salía del póster, de repente tenía a Elisabeth enfrente mía.

- Ayúdame – susurró – en el cajón, mi padre.

Sin decir nada más su figura se desvaneció del sitio que ocupaba frente a mi y volvió a ocupar el lugar que le correspondía en el póster, el cual volvía a estar inanimado.

Bajé corriendo a informar a mis padres y a la madre de Elisabeth, cuando se lo conté todo subieron corriendo al cuarto y les mostré el póster, a lo que ellos se quedaron sin palabras y petrificados. Entonces nos dirigimos al cajón del escritorio de Elisabeth, lo abrimos y encontramos una agenda, Virginia la reconoció al instante y se echó a llorar:

- Es la agenda de Víctor, mi marido – dijo entre sollozos – cuando desapareció la guardé en una caja con todos sus recuerdos.

Estaba claro que Elisabeth había descubierto esa caja y que lo que fuera que hubiera escrito en esa agenda tenía la solución al problema que teníamos entre manos.

Leyéndola descubrimos que en los últimos días antes de desaparecer del padre de Elisabeth había ido a una subasta benéfica en la casa de una persona que había desaparecido en extrañas circunstancias y que su familia puso todos sus artículos en venta. El póster fue uno de los artículos que Víctor compró. Pasamos toda la noche en casa de Virginia buscando información en periódicos locales de casos similares a estos y encontramos varias coincidencias en más de una docena de ellos, al menos que estuvieran registrados.

Solo había una persona que apareció después de haber desaparecido y les contó a su familia lo que le había pasado, estos no lo creyeron y lo encerraron en un centro psiquiátrico. Esta era la persona que nos ayudaría a resolver todo este entramado.

Nada más amaneció fuimos los cuatro en coche al lugar donde se encontraba el psiquiátrico en busca de esta persona. Al llegar no pusieron problemas en que entráramos a verlo, según nos dijo la mujer de la recepción era un paciente muy tranquilo y nunca recibía visitas, “así que no le haría mal ver a gente después de tanto tiempo”, esas fueron sus palabras.

Encontramos cuando llegamos a su habitación a un hombre mayor, de unos 70 años, que al ver el póster que llevábamos con nosotros se sonrió:

- Ya veo que es mi oportunidad de demostrar que no estoy loco, o de que todos nosotros lo estamos – se echó a reír.

- Necesitamos su ayuda, mi marido y mi hija están ahí dentro, junto a muchas más personas, solo usted sabe cómo salir de ahí – le suplicó Virginia.

- La única manera de salir es que alguien entre y los saque, pero esa persona debe llevar esto consigo – dijo mientras se metía la mano por el cuello de su camisa y sacaba un colgante de marfil con forma de colmillo - ¿quién va a ser el voluntario?

Todos nos miramos desconcertados:

- Yo – dije dando un paso hacia el hombre – pero deberá explicarme cómo los devuelvo aquí.

- No te preocupes jovencita, lo único que tienes que hacer es entrar poniéndote delante del póster y diciendo “ábrete”, una vez dentro solo podrás traer de vuelta una persona contigo, espero que sepas elegir bien – volvió a sonreír – yo iré contigo, así te resultara más fácil.

Después de la explicación ejecutamos el plan, tras decir la palabra entramos sin darnos cuenta en esa calle de ciudad y empecé a correr buscando a Elisabeth hasta que di con ella, estaba junto a un hombre alto de pelo cano, era su padre, y a su lado también estaba la otra niña desaparecida del pueblo, María, nos acercamos a ellos y les explicamos cómo volver, pero que solo podía pasar una persona con otra que llevara una pieza de marfil. En ese momento, Tomás, el hombre mayor que nos había dado la solución sacó de su bolsillo otra pieza de marfil y se la dio a Victor:

- Ellos tienen más que vivir que yo, llévatelos – volvió a reír.

Yo le di un fuerte abrazo antes de irnos y Victor le dio un apretón de manos y le asintió con la cabeza. Acto seguido salimos corriendo en dirección a donde habíamos aparecido al entrar y volviendo a decir la palabra aparecimos en la habitación.

Fue un precioso reencuentro de toda la familia de Elisabeth, no pude evitar llorar de emoción al verlos otra vez a todos juntos. Salimos a escondidas de allí no sin antes romper el póster y dejarlo allí tirado en la basura. Salimos a hurtadillas para que nadie nos preguntara por Tomás y volvimos todos al pueblo, una vez allí María también volvió a su casa y todo el mundo se alegró mucho de que aparecieran por fin. Gracias a que es un pueblo pequeño y apartado no hubo ningún tipo de difusión por prensa.

Ahora, a mis 52 años, voy a publicar mi historia, una historia que nadie salvo los presentes aquel día sabemos que pasó.